

do viendo al mayor le dió golpecitos en el hombro y le felicitó por su felicidad.—«¡Me han dicho que es una hembra escogida, Flinders! ¡Diablo! No os hacéis con tanto fuego. Espero que sereis feliz como padre de familia.» El mayor balbuceó una especie de negativa inarticulada, luego hizo una pronta retirada, y desde aquel momento se abandonó á su destino, sin resistencia, como una verdadera víctima.

A la noche fué Owen á encontrarle.

—¡Por el cielo! ¡soy un ser bien desgraciado! Fué lo primero que dijo dejándose caer sobre un sillón. Nada me sale bien. Esperaba que esta misma noche sería mi noche de boda, y héme aquí celibentario tan descansado como nunca.

—¿Pues qué es lo que va mal? preguntó mi abuelo retirando la pipa de la boca.

—La he instado con toda mi elocuencia, dijo Owen; la he recordado su promesa de darme su mano el día que llegásemos aquí; la he hablado del interés de su reputación, habiendo abandonado á su padre, y venido á Gibraltar bajo mi protección (aquí mi abuelo hizo un gesto); todo ha sido inútil.

—¡Cómo! vacila en casarse, dijo el mayor; después de haber dejado por vos á su padre y su prometido! ¿Qué diablos tiene ahora, después de haber cometido semejante calaverada?

—Una manía de un don Quijote hombre, replicó Owen. Dice que sería un acto de egoísta indigno de ella aceptar un matrimonio cuando la pobre Carlota es tan desgraciada y su suerte es tan precaria. Al llegar aquí hizo una pausa significativa; pero mi abuelo guardó un imperturbable silencio, fijando si, en él su mirada.

—En fin, jura que no quiere oírme hablar de ser su esposo mientras vos no hayáis fijado el día de vuestro matrimonio con Carlota.

—De mi matrimonio con Carlota! exclamó mi abuelo con voz ahogada.

—¿Sin duda vais á decir que ya no os queréis casar con ella? exclamó el alférez dando á su fisonomía el aspecto de la mas profunda sorpresa.

—Pero.... pero... ¿por qué me he de casar con ella? dijo el mayor balbuceando.

—Gran Dios! dijo Garry, he ahí una noticia muy agradable para ella, no será yo ciertamente quien se la dé.

—Pero, hablando ahora con formalidad, Franck, replicó el mayor, el matrimonio.... sabéis, mi buen amigo... en fin, jamás he pensado en él.

—En ese caso vos sois el único que no ha pensado en ello, respondió Owen. ¿Qué queréis pues que piense la guarnición después del modo como habeis traído aquí esta pobre muger? ¿qué queréis que piense la misma Carlota después de todas vuestras atenciones para con ella?

—¿Atenciones, mi querido amigo? la mas sencilla urbanidad.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! sencilla urbanidad apretar la mano en la posada de Algeciras, según se lo ha contado á Juana, y lo que únicamente sabe Dios habrá sucedido durante vuestra fuga. Juana está furiosa contra vos; necesita de llamáros vil seductor; pero el corazón de Carlota está mas afligido que irritado. Está convencida de que únicamente vuestra ignorancia del idioma español os ha impedido confirmar de viva voz lo que vuestros ojos tan claramente la han prometido.

SEGUNDA SERIE.—1862.

Efectivamente me he conmovido con la interrogadora mirada que me ha dirigido cuando os habeis marchado; evidentemente esperaba la comunicárais la sentencia de su destino.

Mi abuelo fumaba su pipa con una especie de furor.

—Hay muchísimos que perderían sus orejas por semejante muger, prosiguió el alférez. Lovelace, el ayudante de campo del gobernador, ha dado hoy media corona al mozo de la fonda porque le prestase por un momento su delantal durante la comida con el objeto de servirla y poderla mirar á su sabor. Ha asegurado que es una muger apreciable y que desearía encontrar otra semejante para casarse con ella mañana mismo.

Mi abuelo continuaba fumando su pipa sin decir una palabra, á pesar del sentimiento de orgullo que dejaba conocer en sus facciones.

—¡Pobre muger! dijo Garry Owen suspirando, he ahí perdido para siempre su porvenir! y ella juró que jamás amaré á otro.

A estas palabras se humedecieron los ojos de mi abuelo y tosía como si acabase de tragar una bocanada de humo.

—¡Y yo poseer el amor de Juana y pensar que no ha de ser mi muger (porque es tan inflexible como si corriera por sus venas sangre de medos ó de persas); veros interpuesto entre mí y la felicidad con tanta seguridad como si fuérais un padre inexorable, un bárbaro tutor, ú otra cosa peor todavía, porque la autoridad de un tutor ó de un padre se puede neutralizar! ¡Oh mayor, mayor, no tendréis piedad de mí! ¡Sufrá dos días mas semejantes emociones y me vuelvo loco!

El mayor mudó la pipa de su mano derecha á la izquierda, y alargando la primera por encima de la mesa oprimió simpáticamente la mano del subteniente.

—Os lo suplico, mayor, dijo Owen cambiando su movimiento de flanco á un ataque directo; consentid en hacer vuestra felicidad y la mía. Autorizadme para negociar el asunto de modo que mañana vayamos los dos á la iglesia (Mi abuelo al oír esto dió un saltito sobre su silla como si estuviera sentado sobre alfileres).—Yo arreglaré todo; vos no tenéis que ocuparos de nada.

Mi abuelo no respondió.

—¿Quien calla, otorga, dijo el alférez levantándose. Ahora, si no os oponéis á ello, parto inmediatamente á desempeñar mi embajada. No tenéis necesidad ni aun de hablar; yo os libraré de vuestro embarazo. Ya veo que esta indecisión proviene únicamente de vuestra modestia.... ó acaso es una astucia de vuestra parte. Voy allá.

Y desapareció.

El mayor quedó sentado en su silla en la misma postura. Había fumado su pipa, pero continuaba aspirando el humo que ya no salía. Era tal la perturbación de sus ideas que por mas que prolongó su velada hasta las dos de la madrugada (tiempo durante el cual había fumado once pipas y bebido cuatro vasos de ponche en lugar de dos que ordinariamente bebía) estaba cuando se fué á la cama mas agitado que nunca.

En esta situación de espíritu fué al altar, porque al día siguiente se celebró una doble ceremonia que unió al feliz Owen con su Juana, y que dió á Carlota un marido y á mí un abuelo. En aquella circunstancia el mayor tenía mas bien el aire de un hombre que se casa por poder, que de un interesado directamente; en efecto, habiéndose encargado Owen de todos los pormenores, nada le había quedado que hacer mas que dar las indispensables respuestas.

AÑO XX, 5.

Carlota fué una compañera bondadosa y pacífica y continuó adorando á su marido, aunque despues llegó á ser coronel y tenía la cabeza blanca. Mi abuelo, aunque casi escesivamente crédulo, difícilmente llegó á considerarse como casado. Frecuentemente pasaba días enteros sin que pareciese creer en su nueva posición social, y era preciso que llegase la noche para recordarle la realidad de los hechos. Pero cuando cerca del año despues de su matrimonio, una pequeña Flinders recién nacida (que hoy es mi venerable tía) le fué presentada por la mañana por la nodriza, la miró con aire asombrado sin poder acoger la idea en aquel momento de que tenía ante sí un ser de su propia sangre y de su propia carne.

El gobernador don Pablo concluyó por perdonar á su hija y á su hermana. Frecuentes relaciones se establecieron de una parte á otra hasta el momento en que el asedio vino á poner fin á todas las comunicaciones entre Gibraltar y España.

Frecuentemente en uno de los abrasados días del estío sentado en el costado de la montaña, me he puesto á contemplar la bahía de Gibraltar espléndidamente iluminada por los rayos del sol poniente y á trazar en mi imaginación los incidentes que acabo de referir.

La habitación de mi abuelo fué destruida durante el sitio por las balas enemigas; mas al presente se eleva otra en el mismo sitio en que debía estar situada la primera. El mundo ha cambiado despues; pero el suelo de España es inmutable.—Observando los inalterables contornos de los montes de Andalucía fácil me es aislarme del tumultuoso ruido del mundo, y retrocediendo en el curso de los años representarme á mi anciano abuelo saliendo con su futura desposada de aquella ciudad de Algeciras, de la que descubro el blanco círculo que la rodea.

LA NIEVE.

El niño dice á la nieve:

¿Por qué no permaneces en tus montañas de nubes?

Tu presencia, entristece la tierra y oculta á nuestros ojos el verdor de los céspedes perdonados por el otoño.

Yo te he visto oscurecer el azulado cielo, y el mundo se ha convertido como en un gran Océano con los cabellos encanecidos de pesar.

Los llanos del horizonte están melancólicos, y las ramas de los árboles se desgajan bajo tu peso.

Te aman los cuervos, porque haces resaltar su negro plumage, cuando revuelan bajo el solitario cielo.

Pero te maldice el pajarillo, porque tiene frío sobre las ramas, y no sabe donde posar su pie.

Te maldice el viagero, porque le has ocultado el sendero de sus pasos, y ve blancos fantasmas correr en el campo.

¿Por qué perseguirnos en el seno mismo de las ciudades, y echar tu manto sobre el brillante techo de nuestras casas?

Los muchachos te amasarán con sus dedos entorpecidos con el frío en medio de las calles, y forjarán con tus restos armas á imitación de la guerra,

Muchachos traviesos, te apisonarán con sus pies, ó te estenderán como una red en el camino del anciano que tiembla y de la muger que vacila.

Pero Dios para castigarte, hará caer una lluvia, ó resplandecer su sol, y tu velo se deshará en el lodo de los arroyos.

Pasarás mas presto todavía que la flor, y no ocultarás bajo tus encantos si no el frío de la muerte.

Yo te aborrezco, porque mi padre me impide salir, y porque tú eres como el sudario de la naturaleza dormida bajo el hálito del hielo.

La nieve responde al niño:

Mis ligeros copos van flotando por los aires, como una lluvia de blancas flores hurtadas por el invierno.

Los poetas han cantado mi brillo original y he sido á sus ojos como el velo de la esposa, la tierra, preparándose al himeneo de la primavera.

Los labradores saludan con alegría mi propicia llegada, bendicen el calor fecundo del sol, y los gérmenes de las nieves preservadas por mi abundancia.

Niño, tu infantil inteligencia solo busca el placer, y tus ojos apenas abiertos, no ven la utilidad de las cosas.

Yo vengo porque me envía Dios; y tu madre te ha dicho que lo que Dios hace está bien hecho.

Soy el resplandeciente adorno del invierno; la benéfica guardadora de las promesas de la primavera.

Sin mí, el temprano hielo mataría el fruto que junio ha- ce ostentar, y helaría la savia de las ramas que deben convertirse en follaje.

No me maldigas, porque insensatos jóvenes me destinan á la guerra. Felices las naciones que no se batan si no con bolas de nieves y cuyo odio se deshaga tan presto como las armas.

No me maldigas, si traviesos muchachos hacen de mí un lazo para la debilidad, porque toda falta arrastra consigo su castigo; y yo afligiré sus corazones haciendo caer á sus madres en él.

Niño, el estío sería menos bello, si el invierno fuese menos triste; y cuando las flores entreabren sus cálices y sonríen á tus miradas, ¿quién se acuerda de mi efímero reinado?

EL CONDE DE FABRAQUER.

IGLESIA DE SAN ERASMO EN GAETA.

La iglesia metropolitana de Gaeta está colocada bajo la advocación de San Erasmo, obispo de Antioquía y compatriota de Alethias, de San Lucas, de San Juan Crisóstomo. El campanario es muy elevado y poco proporcionado al cuerpo de la iglesia. Federico Barba-Roja que lo hizo construir, pasó toda su vida en conquistar y combatir la Italia que se hallaba en revolución. No tuvo sin duda el tiempo de poner el edificio en proporción con el campanario.

Los emperadores de Alemania, rara vez han tenido la fortuna de ordenar las cosas en su justa medida. Sin embargo, la iglesia es notable por mas de un título. Se admira allí un magnífico cuadro de Pablo Callari, el Veronés, de quien Guido Reni decía: «Si tuviese que escoger mi destino entre todos los pintores, quisiera ser Pablo Veronés.»

Se conserva piadosamente en San Erasmo, el estandarte que don Juan de Austria, el célebre hijo de Carlos V, recibió de manos del papa San Pio V al marchar á combatir contra los turcos.

Las tropas que conducia aquel estandarte en el golfo de Lepanto en el año 1571, tomaron ó mataron treinta mil otomanos, y se apoderaron de cerca de doscientos navios. Un vaso antiguo, un poco mutilado, le sirve de bautisterio; cuatro leones de mármol lo sostienen, y por un estravagante maridage de las artes, profana y sagrada, los bajos relieves, representan á Ino muger de Alhamas, rey de Tebas, sentada sobre una roca y ocultando entre sus brazos uno de sus hijos para defenderle de los furios del tirano. Alrededor de esta escena, sátiros y bacantes celebran sus coros y danzas. El escultor era de Atenas: el vaso está firmado Salpion.

Enfrente del altar del Santísimo Sacramento, se encuentra otro resto del arte pagano: es una alegoría esculpida en mármol que se refiere á Esculapio. Fué traída de Fornuo (hoy Mola) en una época indeterminada.

Antes y despues del campanario de Barba-Roja, la iglesia ha visto pasar por delante de su Santuario muchos y diferentes personages. Si se piensa que fué edificada sobre esta tierra de Gaeta ya tan famosa desde la antigüedad, hombres y cosas se agolpan en mil recuerdos, y lo pasado viene á mezclar sus lecciones á las del presente. En aquellos tiempos remotos la fertilidad de su suelo atrajo á los estrangeros de su vecindad, primero los lestrigones; despues unos aventureros griegos, vinieron desde Samos á establecerse allí, y llamaron á su naciente colonia *Gaiatta* (Curvatura.) Virgilio en sus ficciones, asegura que este nombre es simplemente el de la nodriza de Eneas. Turnebe pretendió que los troyanos llamaron á este sitio Caiete, porque se quemó allí su escuadra, y quemarse se dice *Caio*. Comercio, feliz situación, abundancia de bienes de la tierra, vilas romanas ó casas de campo, entre otras una de Ciceron, delicias de la deliciosa Campania: Gaeta (*Gaeta, Gaieta, Caeta, Caieta*), todo esto quiere decir por largos siglos.

A partir desde la caída del imperio romano, toma lugar en la historia política y religiosa de Italia.

Se constituye en república: en el siglo séptimo, tiene duques soberanos, feudatarios del papa, el supremo poder de la edad media. En 760, un duque de Gaeta toma al papa una pequeña parte del patrimonio de San Pedro y rehúsa devolverla. Didier, rey de los lombardos, pone sus soldados al servicio de las reclamaciones pontificales, y el duque vencido restituye el terreno usurpado. Gaeta se distingue en seguida contra las invasiones de los sarracenos y obtiene los favores de Leon IV.

En 1229, un breve de Gregorio IX le concede el derecho de acunar moneda con la imagen de San Pedro y el nombre de Gaeta en un lado, y en el otro el busto del pontífice reinante: muy pronto tuvo despues una marina propia.

El normando Rogero, se intitulaba duque de la Pulla y de Gaeta: la ciudad tuvo un virey bajo la dominación de Alfonso de Aragon. Allí se refugió, cual lo ha hecho en nuestros dias Pio IX, el papa Gelasio II, que volvió á entrar en Roma y segunda vez fué arrojado de ella por una revolucion y fué á buscar á Francia consuelos, repóso y un sepulcro en el convento de Cluny; de allí salió mas tarde Tomás de Diu, llamado Caetano ó Gaietano, para ir á intentar la conversión de Martin Lutero.

Desde la reunion de esta ciudad al reino de Nápoles, por Alfonso de Aragon en 1735, Gaeta ha seguido el destino de Nápoles hasta Francisco II de Borbon.

La ciudad se ha convertido en una plaza de guerra de primer orden. Se la ha comparado á un pequeño Sebastopol. El puerto abierto por orden de Antonino Pio, sucesivamente agrandado, es capaz para sostener una considerable escuadra. Un istmo une la ciudad con el continente.

Las torres de Orlan, de Latratina y de Ciceron, ofrecen curiosos vestigios de antigüedad. Hay tambien una columna de doce caras, en la que están escritos en griego y en latin los nombres de los doce vientos.

El castillo y las fortificaciones, son obra de Alfonso y de Fernando de Aragon, de Carlos V, de los reyes de Nápoles, y sobre todo de Francisco II y de su padre.

Se conservó durante largo tiempo en el castillo, en un nicho al lado de la capilla, el cuerpo del condestable duque Carlos de Borbon, que habia sitiado á Roma y que pereció en su asalto, al que se siguió despues la toma de la ciudad y su bárbaro y horroroso saqueo. Como estaba escomulgado no se atrevieron á enterrarle. El rey de España Carlos V, le hizo embalsamar y colocar en aquel nicho.

En 1628 el príncipe de Ascoli, le colocó en una litera cuya puerta rota se abria por el medio: estaba vestido de terciopelo verde con galones de oro, de pie, la espada al lado, con botas y espuelas y su escudo de armas bordado al lado. Se le veia todavia en esta litera en 1757. Sus descendientes convertidos en reyes, le han honrado con magníficos y pomposos funerales.

El castillo no es mas que una débil parte de las fortificaciones de la plaza: espesos muros, bastiones, reductos, torres cuadradas, colocadas sobre elevadas rocas, la rodean de muchas líneas de defensa. La llave de la plaza es el malecon del Telégrafo. Desfiladero, pantanos, escarpadas alturas, favorecen la resistencia: además de la dificultad de los aproches, la estrechez y rapidez de las calles, permiten oponer nuevos obstáculos al enemigo que no puede penetrar en la plaza sino por una brecha ó por una de sus dos puertas.

Gaeta ha sostenido muchos sitios, aun antes de tener obras blindadas; defendia enérgicamente sus muros, sus conventos, sus diez mil habitantes, sus arrabales á lo largo del mar y sus reyes.

Carlos V y Felipe II se complacian en elogiar la adhesión de los gaetanos á sus príncipes desde el tiempo en que la Tierra de Labor comprendia al mismo Nápoles.

Los austriacos la han tomado en 1712, en 1815, y en 1821: los sardos y españoles en 1734; los franceses en 1799 y 1806.

En 1712 los austriacos no se apoderaron de ella sino despues de haber disparado veinte mil cañonazos y mil cuatrocientas bombas, no siendo su guarnicion mas que de dos mil cuatrocientos españoles.

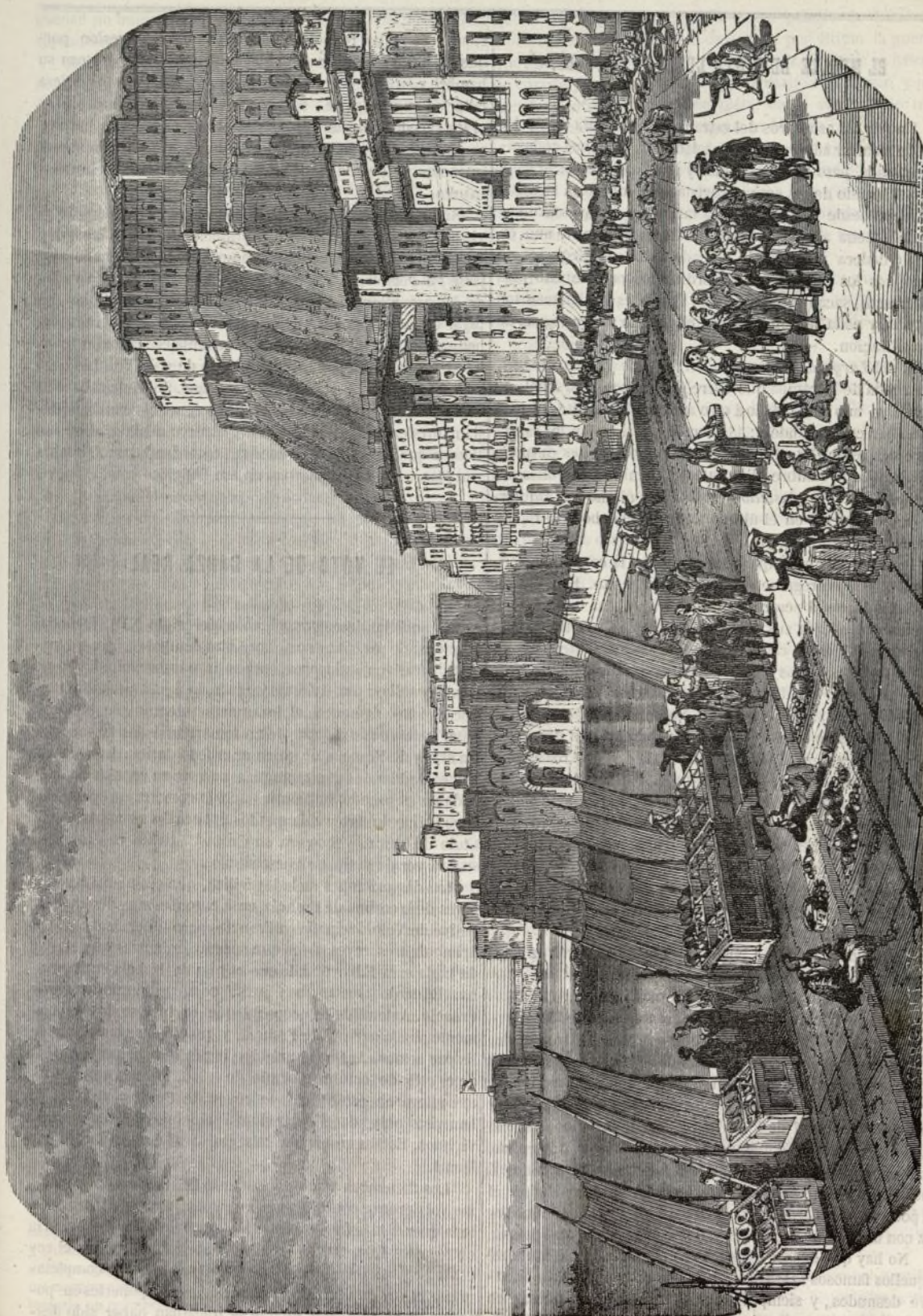
En 1806, el gefe Napoleon no pudo entrar en ella sino despues de seis meses de sitio. La escuela militar de Gaeta, es muy nombrada en Italia.

Desde lo alto de la roca de Barba-Roja, se abarca la vista del golfo, las islas Volcánicas de Ponza y Mola de Gaeta, el Garillano, y todo un panorama de campos, de olivas, de naranjos y limoneros, praderas y surcos que parecen proteger las murallas erizadas de cañones.

Gaeta ha sido el último punto donde Francisco II se ha defendido contra la invasion de los piemonteses.



Vista de la iglesia de San Erasmo en Gaeta.



Vista del muelle de Santa Lucía en Nápoles.

que seguían al rey Eduardo le declararon que sostendrían su partido mientras estuviese en las tierras del imperio, pero que en cuanto pusiese el pie sobre el territorio francés se unirían al rey de Francia.

Como Eduardo á la cabeza de 40,000 hombres, estrechaba el sitio de Cambray, supo que Felipe de Valois acababa de llegar á Perona, marchó á su encuentro y le presentó la batalla.

Pusieron en movimiento los dos ejércitos para arreglar sus filas, pero vino la noche sin haberse comenzado la acción. A la mañana siguiente permanecieron todavía en inacción, y por la noche recibió Felipe una carta del rey de Sicilia, que se ocupaba en el estudio de la astrología, y que declaraba que si quería no ser vencido evitase contra los ingleses toda batalla en que estuviese el rey Eduardo en persona.

Felipe vaciló: Eduardo, considerando que en la posición en que se había colocado, nada era más fácil que cercarle por hambre, tuvo miedo y á la mañana siguiente se replegó sobre Amberes, donde se separó de él una parte de su ejército: le fué preciso volverse á Inglaterra para levantar nuevas tropas.

Al año siguiente Eduardo volvió con una numerosa escuadra.

Marchó Felipe valerosamente á su encuentro, y se dio una gran batalla naval á la vista de la Esclusa, sobre las costas flamencas; fué encarnizada, y dudoso su resultado, hicieronse crueldades. Habiendo sido hecho prisionero uno de los almirantes franceses, le hizo ahorcar Eduardo, el que á su vez también fué herido de una flecha. Para curarse se hizo trasportar á Gante donde se reunieron casi todos aquellos que habían tomado parte en el voto de la garza real; casi todos habían cumplido sus horrendos juramentos, Roberto de Artois había saqueado su país: Salisbury había llevado sobre su ojo hasta entonces una banda negra, y cuenta el escritor Froissard que iba acompañado de cincuenta caballeros que habían adoptado su voto y que cual él, llevaban una banda negra sobre el ojo izquierdo.

Las tropas de Eduardo habían cometido atrocidades en el territorio francés que habían podido invadir.

Gauthier de Mauni había sorprendido é incendiado la ciudad de Montagne que guardaba por el rey de Francia Godemar de Fay. Los dos partidos se habían hecho la guerra como salvajes.

Todos aquellos hombres espionaron no solamente sus escudos, sino también el haber mezclado temerariamente los augustos nombres de Dios, de la Virgen, y de los santos en votos reprobados; y un siglo después se habían estinguido sus nobles razas; nada quedaba de ellos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA MUERTE DE DUPUYTREN.

Dupuytren, en una ciencia de hechos fué un hombre de acción. Se admiró menos en él el genio de la invención teórica, que una prodigiosa facultad de aplicación. Sus descubrimientos científicos, á pesar de su número é importancia,

no permiten sin embargo colocarle al lado de J. I. Petit, de los Pott, de los Dessault, al paso que esa maravillosa facilidad con que trataba los casos más graves, esa fecundidad de recursos en medio de desesperadas complicaciones, esa admirable prontitud en el golpe de vista, esa facilidad de juicio y de mano, le hicieron el primer práctico en una ciencia en que la práctica marcha al nivel de la teoría.

Puede creerse que su carácter debió resentirse de la naturaleza especial de los trabajos á que su genio le había destinado. El hombre que tenía todos los días entre sus manos poderosas la vida de tantos hombres, aquel cuyas sentencias no tenían apelación, no podía hacer gran caso de esa pobre y despiadada humanidad, que veía muy de cerca, ser tan poca cosa. Por otra parte, el corazón se habituaba á ver sufrir. Para esos hombres, escogidos que toman su arte á tanta altura, para esos generales de la ciencia, las existencias aisladas, no pueden considerarse más que como soldados, á los que es preciso, en ocasiones, sacrificar para ganar alguna gran batalla.

Acaso más que ningún otro, preciso es decirlo, á pesar del respeto debido á tan gran nombre y semejante tumba, Dupuytren se dejó arrastrar y considerar la vida y las cosas humanas con un profundo y triste desden. Su carácter era duro, frío, despótico. Llevaba al mundo esas relaciones exteriores, esa rigurosa é inflexible tenacidad que hacía temblar en su hospital á sus discípulos y subordinados. Exageraciones populares refieren actos sangrientos de ese desprecio soberano con que miraba á la humanidad, y no nos costaría citar aquí hechos. Sus cofrades estaban lastimados por su orgullo y sus pretensiones á una dominación exclusiva. El retiro de Pelletan, á quien debía acaso más que miramientos, retiro que fué provocado por él, reavivó y especializó sus antipatías. Por lo demás, cuando los señores Orfila, Larcey, Pariset, Bonillad, Bayet-Collard, etc., pronunciaron sobre su tumba el más magnífico elogio del padre de la cirugía moderna, ninguno de ellos se atrevió á ir más lejos y conceder ni aun algunos de sus elogios obligados, formulados de antemano, dirigidos á los sentimientos privados, virtudes del hogar dulces y afectuosas del hombre á quien la muerte acababa de herir, se sentía la pérdida de Dupuytren: nadie le lloró.

Llevando hasta los últimos límites sus doctrinas absolutas de positivismo, Dupuytren se encarnizó contra lo que él llamaba utopías especulativas, siempre que tuvo que combatir, bajo cualquier forma que fuese. Gradualmente su antipatía llegó á ser execración. Su alta posición en la corte de la Restauración, le arrancó, sin embargo, algunas concesiones á sus principios irrevocablemente fijos. Conócense las palabras del duque de Maillé. En una misa celebrada en la capilla de Saint-Clout, Dupuytren dejó caer con estrépito en el momento de alzar, su voluminoso libro de Horas, cerrado con gruesos broches. La señora duquesa de Angulema dijo levantando los ojos:

—Ahí está Mr. Dupuytren, que pierde sus Horas.—Pero que no pierde su tiempo, respondió el duque de Maillé.

Pero este disimulo, á que Dupuytren se resignaba, sin que pareciese por otra parte que le costaba mucho, no hizo más que irritar y aumentar todavía su odio atroz contra las que no eran sus ideas, y los que defendían estas ideas.

Dupuytren trabajaba casi constantemente, y pocos hombres han tenido una existencia tan ocupada como la suya. En